



Fotografía de Rafael Mesina Polanco.

Muerto alado Cuento

Cándida Elizabeth Vivero Marín
Universidad de Guadalajara

Le salieron alas en la espalda, por eso, al regresar nadie aguardaba su retorno: de ese vendaval de almas esperadas con velas encendidas el Día de Muertos, él no estaba. No había papel picado, ni olor a cempasúchil, aún menos su retrato puesto en el último peldaño del altar. Nada.

Porque hay muertes que se lloran y otras que se disfrutan, pero la de él simplemente fue olvidada. A los pocos meses, incluso quizá tras efímeros días, su desaparición sobre la tierra de los vivos no alados se borró de la memoria. Si alguna vez hubo alguien que guardara un recuerdo o prenda de su paso por los pasillos de la facultad o de la oficina, ese alguien seguro también estaba bien muerto porque nadie, absolutamente nadie, se acordaba de él.

Aunque lo peor, peor, había sido convertirse en ese ser con alas en la espalda que revoloteaba de aquí para allá, sin sentido. Tener alas, en sus tiempos de tierna infancia, habría supuesto un sinnúmero de aventuras o, en su defecto, viajes interminables alrededor del mundo. Mas ahora, convertido en un muerto alado, la cosa resultaba realmente extraña porque justo sólo era eso: un muerto alado. No un ángel. No un espíritu evolucionado. Sólo un muerto al que de una luna a otra le habían salido tremendas



alas que no controlaba, porque no sabía cómo. Tampoco nadie se había tomado la deferencia de enseñarle a usar sus nuevas facultades de ultratumba.

El caso resultaba patético, por decir lo menos. Insulso, esa era la palabra correcta. Insulso todo el asunto de él revoloteando, chocando contra las ventanas que no se abrían lo suficiente para permitirle el paso, o contra los muros altos de los hospitales y edificios de departamentos que no alcanzaba a esquivar a tiempo por más que se esforzaba en irse todo derecho, en línea vertical hasta las azoteas. Ya en su época de adolescente, había visto algunas películas donde los ángeles, custodios de las ciudades y sus habitantes, se reunían antes del amanecer para disfrutar de la calidez de los rayos del sol; pero a él no le había tocado ver nada similar. Es más, por extraño que pudiera resultar, en realidad no había nada.

Se dijo entonces, al comprobar la falsedad de esas imaginérrías, que había sido engañado con crueldad y que ese alguien, a quien tanto lo obligaron a rezar de niño, le estaba jugando la peor de las bromas. Mira que ponerle alas, y hasta grandísimas. Tenía que haber una explicación a todo ese embrollo *postmortem*. Las cosas no podían quedarse sin solucionar. Un razonamiento lógico debía haber detrás de esa parafernalia. Así que decidió actuar, o mejor dicho, volar por doquier hasta encontrar una respuesta, hasta dar con el responsable de aquella situación ridícula.

El muerto alado voló. Y voló. Y voló. No se detuvo a mirar la caída de estrellas fugaces ni mucho menos a admirar las auroras boreales que ondulaban en tonos verde esmeralda ya muy al norte. Tampoco puso atención a miles y miles de salmones que nadaban corriente arriba. No había tiempo para eso. No lo tenía. Por eso, se fue de largo y obvió terremotos, huracanes, tormentas de nieve y arena. Él lo único que deseaba era una explicación, aunque fuera tan breve como una palabra.

Su infructuoso recorrido duró décadas. Años enteros en los que, por supuesto, nadie le ponía velas el Día de Muertos, mucho menos en su aniversario. Lo más triste, sin embargo, no era el olvido absoluto en el que había caído, sino atestiguar cómo, sin

preámbulos, cada uno de sus conocidos y desconocidos eran llevados de inmediato —en cuanto morían— fuera de la atmósfera terrestre hacia constelaciones lejanas que él no era capaz siquiera de ver. Eso, eso sí era una burla. Fue en ese momento que quiso llorar, pero no pudo, no había lágrimas en sus ojos; es más, ya no tenía ojos.

El muerto alado, al darse cuenta de aquella ausencia de globos oculares y de muchas otras partes de un cuerpo que ya no eran tal, sintió miedo mezclado de una extraña sensación de abandono que le traía una paz extraña. Si ya no era un muerto, puesto que acababa de darse cuenta que carecía de forma humana, ¿qué era?, ¿en qué se había transformado? Ciertamente, no podía ser un ángel porque no había sido creado como espíritu puro, pero ya no pertenecía al mundo de los humanos. ¿Qué era ahora? Y voló. Y voló. Y voló. En busca de respuestas.

Como había sido su costumbre, al principio desatendió cualquier espectáculo celeste y terrestre, ensimismado en la necesidad de encontrar pistas que resolvieran sus dudas. Luego pasó a un estado de inmovilidad asombrosa, cuando descubrió que podía atravesar paredes y rocas sin dificultad. Aquellos choques que otrora le costaran tantos inconvenientes se habían ido junto con sus enormes alas. Ahí, justo en ese instante de revelación se quedó quieto. Callado por dentro.

El silencio absoluto, pleno, total, lo envolvió. Dejó de escucharse y de escuchar el mundo. Se dejó invadir por la nula presencia de sonido, cargada de todas las posibilidades de ruido y música, de llanto y risa. Quieto. Quietecito. Y desapareció.

En menos de un nanosegundo, al que le habían salido alas en la espalda, se fue. Ya no quiso papel picado ni cempasúchil. Ya no quiso nada, por tenerlo todo. Tal como había llegado se fue, mientras alguien más intentaba en vano evitar estrellarse contra las paredes.



Fotografía de Rafael Mesina Polanco.